

El poeta vasco Pedro de Enbeita

[El Centro Laurak Bat, de la Rep. Argentina, tomó recientemente la iniciativa de rendir un homenaje al famoso poeta vasco Pedro de Enbeita, a quien los habitantes de su región natal hicieron objeto, el año pasado, de una verdadera glorificación pública.

Pedro de Enbeita encarna el alma de su raza. Poeta de las montañas, rústico y hondo, recorre las hermosas comarcas de su país cantando con acentos profundos y armoniosos los sentimientos tradicionales, la herencia espiritual que se transmite de generación en generación en las gentes de la raza, y que traen, hasta esta época moderna, viejas modalidades en que residen virtudes que parecen eternizarse. Su popularidad es inmensa. Todas las poblaciones vascas le oyen con admiración religiosa. Enbeita jamás ha escrito sus poemas espontáneos. Al igual de otros muchos poetas de pasados tiempos, trovadores llenos de sentimiento que interpretaron las alegrías, los dolores, las esperanzas y las glorias del pueblo vasco. Enbeita es el intérprete actual, el heredero de los cantores famosos de otros siglos. Acaso ninguno como él ha llegado tanto al corazón de sus compatriotas. Hombre pobre, labrador, sin cultura intelectual, vive en plena montaña. El amor y la admiración de sus compatriotas se evidenció en las proporciones extraordinarias que tomaron las fiestas celebradas en su honor el año pasado. Alrededor de 30,000 personas se congregaron en la villa de Bibar en una gran manifestación de homenaje. Trenes especiales acudieron desde los siete señoríos vascos: Alava, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya, Lapurdi, Suberoa y Besabarre. En Bilbao se le ofreció un banquete de 3,000 cubiertos.

El Centro Laurak Bat y demás asociaciones adheridas a la iniciativa que ahora, en la Argentina, suscita el nuevo homenaje, tuvo en cuenta la pobreza de Enbeita, su oficio de labrador y sus numerosos hijos, y resolvieron donarle, mediante subscripción, el caserío en que vive.

Para hacer más significativo el homenaje se resolvió pedir a Leopoldo Lugones su colaboración poética, que éste acordó sin vacilar, escribiendo, para acompañar el envío, los bellos versos que publicamos.

Enbeita contestará en una improvisación a Lugones, la que será tomada en forma taquigráfica].

SALUTACION A ENBEITA

Saludo al bardo libre, Pedro de Enbeita el vasco,
en la raza que él canta bajo el frontal peñasco
con que al cielo apuntala su Pirineo agreste,
grave, arduo, inconquistable, claro, audaz, fiel, celeste
de elevación él mismo, como si, héroe y monte,
le abriera a Euzkadi⁽¹⁾ el cénit por supremo horizonte:
conforme, antes que al cebo domesticarse entecos,
su páramo prefieren águilas y rebecos.

Lo saludo en la nieve de sus cumbres, emblema
de la pureza heroica que como el fuego quema.
En el risco que la árida llaga del líquen muerde,
y en la frescura virgen de la soledad verde.
En las serenidades sin fondo, que a lo lejos,
parece que empavonan de torvo azul los tejos;
y en la tormenta brava que con tajante lampo,
azufra su hacha lívida sobre el pavor del campo.
En el vigor genuino del roble y del alerce,
que ni en la viga afloja ni en la cuba se tuerce.
En la dichosa umbría del castaño; en la gruta
y en la hiedra de lóbregos párpados que la enluta,
cobijando el misterio de la montaña inmensa.
Y en el azul ambiente con que el abeto incienso.

Lo saludo en la acerbá virtud de la genciana.
En la suavidad de la clemátide temprana.
En el forzado cáñamo del obenque y la sirga,
y en la gleba entrañable que el arado desvirga.

Lo saludo en la clara facilidad del agua,
y en el jadeante fuego que atarea la fragua.
Lo saludo en la bulla pueril del manantial
que trisca con su gárrulo cascabel de cristal.
En el torrente que su vidrio grueso destriza.
En la fontana que íntima calla y se profundiza.
En el mar de Vizcaya, que ora se desenfrena,
con la negrura oleosa de la antigua ballena
perseguida hasta Islandia por el recio arponero
de la boina calada y el bracerol de cuero;

(1) La tierra vasca.

ora mece, peinándola a la luz de la luna,
sobre su piel de plata la sirena euskalduna.
En la copla marina que dió ritmo a la cabria,
templando la maroma de la urca de Cantabria
y el espinel de altura que atesó el bacalao.
En la sorda quejumbre que zumba el birimbao.
En la cuerda que afija la voz del *koblakari*.⁽²⁾
En el loco pandero que tunde el *charivari*.⁽³⁾
En el soplo del rústico albugue que arrebató
con frenesí ardoroso la bien danzada *espata*.⁽⁴⁾
En la feliz zampoña que improvisa el zorcico,
y bajo la pineda finge al oriol y al pico.
En el rebaño, dócil al pastoril cencerro,
y en el valiente júbilo de buen pastor, del perro.

Lo saludo en el oso, que astutamente hurraño,
ablanda su peluda descalcez de ermitaño.
En el lobo, sorbido por su aullante oquedad.
En el águila obscura como la tempestad.
En el jabalí ríspido que casca la bellota
bravía. En la instantánea gamuza que rebota
con brinco abismal, como si restara en la cuesta
su encorada pelota la formidable cesta.
En la azorada gracia del corzo y de la ardilla.
En el pitón del ciervo, que enasta la cuchilla,
y enarbola, estampándola sobre el azul del cielo,
la candente soberbia del almizclado celo.
Y en la cabra montesa, que ante el tajo inaudito,
plantada con rugosa brusquedad de granito,
donde el insostenible ventisquero se licua,
precipitando en vértigo su insensatez oblicua,
barbada por la aurora con un mechón de sol,
arriesga el salto vasco desde el natal peñol.

Lo saludo en la fuerza coordinada del buey.
Lo saludo en el áspero hierro de buena ley
que el mozo de Guipúzcoa forja y tira en la barra.

(2) Poeta popular.

(3) Cencerrada nupcial.

(4) Danza nacional de los vascos.